mayor parte de los cardenales, habiendo quedado solamente seis en Francia. Fué á Marsella á embarcarse en las galeras que habian enviado desde Italia, arribó á Corneto despues de haber padecido grandes tempestades, y el 17 de enero de 1377 llegó á Roma, en la que desde aquel tiempo nunca ha dejado de estar el Papa. Hizo su entrada á caballo, y atravesó toda la ciudad, acompañado de trece cardenales, y seguido de un gentío inmenso que no sabia cómo manifestar su alegría. Hasta la noche no llegó á la iglesia de San Pedro, á cuya entrada le estaban esperando con una infinidad de hachas encendidas, estando iluminada toda la iglesia con mas de ocho mil luces (1).

No tardó Gregorio en tener motivo para ocuparse en aquella clase de negocios que son los mas dignos del primer Pastor. Instruido de que Wiclef, doctor en teología y cura párroco de Lutervolt en la diócesis de Lincoln, se atrevia á declararse contra el santo depósito de la fé, escribió á un mismo tiempo al arzobispo de Cantorbery, al obispo de Lóndres, á la universidad de Oxford y al rey Eduardo (2). Reprendió á la universidad y á los prelados por su negligencia en reprimir al novador; dispone que se le prenda, y que en caso necesario se implorase el ausilio del brazo secular, con tal que despues de tomar informes reservados y prudentes se averiguase que Wiclef habia sostenido ciertas proposiciones delatadas en Roma, de las cuales se remitia copia á Inglaterra. La carta ó bula dirigida al rey Eduardo, le pedia su proteccion á favor de los dos prelados encargados de este asunto por la Santa Sede.

Entre las proposiciones censuradas de Wiclef en número de diez y nueve, la mayor parte muy oscuras, estas son las mas notables: «si hay un Dios, pueden legítimamente y deben los señores temporales, pena de condenacion, quitar á una iglesia culpable los bienes de fortuna. Nadie puede ser excomulgado, si no se excomulga antes á sí mismo. Los pastores, y aun el mismo Papa, no atan ni desatan sino cuando se conforman con las leyes evangélicas. Es de fé que todo sacerdote tiene potestad para conferir todos los sacramentos, y por consiguiente para absolver de cualquier pecado á los fieles que están verdaderamente arrepentidos. Todo eclesiástico, y aun el mismo Papa, puede ser legítimamente reprendido y acusado por sus súbditos aunque sean meramente legos.» A primera vista parecerá que este último artículo no es muy digno de censura; pero comparándole con los otros, se advertirán en él los mismos principios de cisma y el mismo trastorno del órden gerárquico.

Fueron inútiles las diligencias que se hicieron para obligar al autor á que se retractase, pues imitando el ejemplo de todos los novadores, pretendió justificarse con distinciones artificiosas, entró en una série de esplicaciones mas ambiguas que las proposiciones mismas, y quiso alucinar declamando contra el abuso de los bienes eclesiásticos y de la frecuencia escesiva de las excomuniones. Por desgracia murió en estas circunstancias el rey Eduardo, á 21 de junio de 1377, y mientras estuvo enfermo, no se apartó de su lado una infeliz concubina que le distrajo enteramente de pensar en las cosas del cielo; y luego que le vió en los últimos instantes de su vida, le robó hasta las sortijas que traia en los dedos, abandonándole luego á su mala suerte, sin que hubiese recibido ningun sacramento. Eduardo III, que sabia tan perfectamente el arte de reinar, hubiera conocido á lo menos, á pesar de la disolucion de sus costumbres,

(1) *Itiner. ap. Bzov. num.* 31.
(2) Valsing. *pag.* 191. *et seq.*; *Tom. XI. Conc. pag.* 238.

la necesidad de conservar la paz de la Iglesia para evitar las turbulencias del Estado. Tuvo por sucesor á su nieto Ricardo II que no tenia mas de once años, y reinó bajo la direccion de su tio Juan, duque de Lancaster, protector de Wiclef, como tambien Enrique de Perci, mariscal del reino. Este nuevo gobierno fué muy favorable á los progresos de las novedades heréticas, cuya persecucion quedó interrumpida con motivo de la prematura muerte del Papa.

Aún no habia llegado á los cuarenta y siete años; pero era de una complexion muy delicada, y le atormentaba frecuentemente el mal de piedra. A principios de febrero del año 1378 esperimentó unos dolores tan crueles, que le hicieron creer que no estaba lejos su última hora. Entonces se presentó á sus ojos con terribles colores la situacion verdaderamente crítica de la Iglesia romana. Por una parte veia á los franceses, que formaban casi ellos solos el Sacro Colegio, muy propensos á mantenerse en la posesion de la tiara; y por otra á los italianos, á cuya disposicion estaban todos, infinitamente celosos de recobrarla. Dicen que, previendo los horrores del cisma, sintió haber salido de Francia y que poco antes de espirar, tomando en sus manos el Cuerpo de Jesucristo, suplicó á los que se hallaban presentes que jamás se dejasen llevar de revelaciones imaginarias, á las cuales habia dado él demasiado crédito (1). Sin embargo, los consejos dados á Gregorio XI por Santa Brígida, por el piadoso infante de Aragon, y por Santa Catalina de Sena, que vino en su apoyo, ya procediesen ó dejasen de proceder de una inspiracion del cielo, no podian engañarle. El cisma no podia provenir del restablecimiento de la Cátedra de Pedro en el lugar en que fué fundada; y en efecto, resultó únicamente de la contrariedad de intereses y de pasiones entre los cardenales franceses é italianos, junto con la dureza del carácter y de la conducta del Papa Urbano VI, que fué el sucesor de Gregorio.

(1) Gers. *Exam. doctrin. part.* 2, *consid.* 3.

Antes de morir, tomó este algunas providencias para conservar la tranquilidad de la Iglesia. Persuadido de que la mas segura, segun la disposicion de los ánimos, era acelerar la eleccion de su sucesor para quitar á los facciosos el tiempo de combinar sus proyectos, mandó por una bula formal que, inmediatamente despues de su muerte, los cardenales que se hallasen en Roma procediesen por aquella vez á la eleccion del nuevo Papa, en el lugar que juzgasen mas á propósito, en la ciudad ó fuera de ella y á pluralidad de votos, sin esperar la uniformidad de las dos terceras partes. La bula es del dia 19 de marzo, y el Papa murió á 27 del mismo mes en el año 1378.

Todos los historiadores elogian la doctrina, la piedad y el carácter afable de Gregorio XI. Fué muy liberal para con los pobres y con los literatos, á quienes protegió de un modo muy particular. Solo se censura en él haber mostrado alguna inclinacion hácia sus parientes, pues tuvo siempre en su compañía á su padre, á sus hermanos y á sus sobrinos, sin embargo de que su tio Clemente VI habia enriquecido suficientemente á la mayor parte de ellos, para que él no tuviese ya que pensar en aumentarles los bienes de fortuna; pero cedió quizá con sobrada facilidad á sus consejos, y alguna vez á sus empeños en favor de algunas personas, que á la verdad eran menos beneméritas que las que quedaban desatendidas. Gregorio XI fué el sétimo y último Pontífice que la iglesia de Francia dió consecutivamente por espacio de mas de setenta años á la Iglesia universal. Aunque distinguidos sin escepcion por su talento y doctrina, el mayor número de ellos por la santidad de su vida, y algunos por el don

de milagros, no son sin embargo de esto muy recomendables sus nombres en Italia, la cual los ha hecho responsables de las turbulencias y de la desolacion que esperimentó por espacio de mas de un siglo.

Luego que se trató de remplazar al Papa Gregorio, tomaron los romanos la firme resolucion de escluir del pontificado á los franceses. Estaban todavía los cardenales en la iglesia de Santa María la Nueva, cuyo título habia tenido Gregorio siendo cardenal, y donde acababan de enterrarle, cuando los mesnaderos ó capitanes de cuartel fueron á declararles que miraban la eleccion de los Papas franceses como el manantial de todas las calamidades de Italia, y les manifestaron el mayor deseo de tener á lo menos por aquella vez un Papa italiano. El Sacro Colegio se componia entonces de veintitres cardenales, y de estos habia diez y seis en Roma, á saber: cuatro italianos, un español y once franceses, sin contar los seis que se habian quedado en Aviñon, ni el cardenal de Amiens que estaba de legado en Toscana. Así, pues, podian los franceses dominar en el cónclave del mismo modo que si estuviese reunido todo el Sacro Colegio; pero formaban ellos mismos dos partidos, de los cuales habia uno de lemosinos en número de siete, á quienes los otros escluian abiertamente, diciendo con un tono poco moderado, que les era vergonzoso consentir por mas tiempo que la dignidad pontificia fuese como hereditaria en un rincon de Francia. Fué tal la apatía ó los celos, que no siendo mas de cuatro los del partido contrario, y no pudiendo ellos solos resistir á los lemosinos, quisieron mas bien unirse á los italianos y hacer causa comun con ellos, que tener un Papa de aquella provincia. Sin embargo, los cardenales, cualquiera que fuese su nacion, respondieron con mucha prudencia y dignidad á la diputacion romana, que el asunto que se les proponia debia tratarse precisamente en cónclave; que elegirian sin aceptacion de país ni de persona al que juzgasen mas capaz de gobernar bien la Iglesia, y que ni la fuerza ni las amenazas los obligarian á hacer traicion á su conciencia, ni á empeñarse en una eleccion que fuese nula por falta de libertad.

Entraron los diez y seis en cónclave á 7 de abril, y el dia siguiente, despues de algunas deliberaciones sobre elegir á un romano, ó á lo menos á un italiano, segun lo pedia el pueblo desde afuera con gritos y amenazas, eligieron, ya fuese sériamente ó con ficcion, á Bartolomé de Prignano, natural de Nápoles y arzobispo de Bari, á pesar de que no era cardenal. Le enviaron á buscar á Roma, adonde habia ido algunos dias antes; prestó su consentimiento despues de haberle retardado algun tiempo, fué entronizado y tomó el nombre de Urbano VI. El dia de Pascua, 18 del mismo mes de abril, fué coronado públicamente con todas las ceremonias acostumbradas.

Esto es lo que únicamente nos ha parecido debiamos presentar en la historia de la eleccion de Urbano VI. Si no referimos todos los hechos relativos á este punto con una estension capaz de dejar satisfecha la curiosidad, tendremos á lo menos el mérito de la imparcialidad y de la prudente reserva de que dieron ejemplo los concilios ecuménicos. Es verdad que con lo que hemos dicho no se podrá decidir si la eleccion de Urbano fué libre ó forzada; pero esta gran cuestion, de la que dependió la conducta que hubo de observarse durante el largo cisma de Occidente, ¿se resolveria mejor adoptando desde luego la relacion de los franceses, ó la de los italianos, contrarias una á otra y ambas igualmente fundadas en deposiciones de testigos oculares y de toda escepcion? Y por mas poderosas que sean las circunstancias que en la série de nuestra narracion nos hagan decidirnos en favor del Papa Urbano, por evidentes que para nosotros sean las pruebas de que resulta su legitimidad, no nos admira que historiadores graves no se hayan atrevido á decidir en una materia en que los Padres de Pisa y de Constanza quisieron mas bien cortar la dificultad que resolverla. Si alguna vez hasta la sabiduría misma debe sujetarse á las leyes de una rigorosa reserva, nunca mejor que cuando de ello nos dan ejemplo los órganos mismos de la sabiduría increada.